

de las que ocuparon los zuavos el día 19 y al frente establecieron dos minas, cuya explosión derribó gran parte de los edificios contiguos á la calle del Pitiminí.”

¿Con que la explosión *sobrecogió de temor á todos pensando que la catástrofe era obra de los juaristas que no se detenían en medios*, y razón había entonces para alarmarse?

¡Ah! sí; *más á poco se supo la verdadera causa, y como los franceses debían atacar el convento de Santa Inés, para lograrlo con mejor éxito (que no obtuvieron) era necesario prender fuego á dos minas que derribaran los edificios contiguos á la calle del Pitiminí.*

Por supuesto los ánimos de los perjuros y de los criminales se tranquilizaron al saber que los juaristas no eran los autores de la catástrofe y ya no se alarmaron, puesto que encontraron *necesario* que sus amigos derribaran varias casas, dando dolorosa muerte á familias indefensas y á heroicos y admirables soldados de la República.

¿Y éste es el hombre que se atreve á anatematizar á los defensores de la plaza, en la página 78 de su obra, cuando estos prendieron fuego á las manzanas ocupadas por el enemigo, sin embargo de que un incendio dá tiempo para escapar de las garras de la muerte y no puede compararse con la terrible explosión de un edificio minado? ¿Qué no hubiera dicho este hombre si el incendio hubiera causado una sola víctima en su campamento bendecido?

Leamos la descripción que hace de los perjuicios que nos causó la explosión, en cuya descripción tal parece que está estampada la sonrisa infernal del condenado.

“Esta escena fué verdaderamente espantosa: el 2º batallón de Toluca que se hallaba bajo las órdenes del teniente Coronel D. José M. Padrés, quedó en su mayor parte sepultado entre los escombros: los lamentos de innumerables heridos llenaban recintos tan

pavorosos, la sangre de aquellos infelices, mezclábase con el agua que á la sazón caía á torrentes, y á la luz de los relámpagos y á la que producían los disparos de los cañones, se veía un cuadro de los más tristes.

¿Aquí no hubo *plan inicuo*? no; el Ejército francés sí se paraba *en los medios*, y era necesario cometer un crimen para asegurar el éxito de una empresa que también era criminal.

La sangre de aquellos infelices (*¿no merecen otro título?*) se mezclaba con el agua que caía á torrentes, y á la luz de los relámpagos se veía un cuadro *triste* (*¿no más era triste?*)

Veamos como califica el rey de los perjuros un acto de los defensores que no tuvo consecuencias tan funestas; dice en las páginas 78 á 79:

“A las cinco de la mañana de hoy se dió orden de retirarse á los soldados que se hallaban altamente comprometidos en las manzanas sitiadas á espaldas del convento de San Agustín y frente del Hospital, previniéndoles expresamente que pusieran fuego á los edificios, *para evitar que en ellos se alojase el enemigo. (Téngase presente que era el UNICO mal que se causaba).*

Aquella *bárbara orden* fué cumplida en el instante: (*¡Que civilizadora fué la de hacer volar dos minas que sepultaron entre escombros á muchos infelices!*)

Estaba decretado que los pobres vecinos de esa parte de la ciudad no sólo debían verse reducidos á la miseria más terrible, sino que aquellos mismos que los desalojaron de su fortuna, les habían de quitar hasta el consuelo de volver á sus hogares cuando la guerra terminara.”

¿Y los vecinos que vieron *derribarse* (pág. 80) los edificios contiguos á la calle del Pitiminí bendecirían á los benefactores que les *quitaban* además de su libertad, *el consuelo de volver á sus hogares cuando la guerra terminara?*

He copiado con verdadero heroísmo de parte mía tantas palabras infames y tantos argumentos perversos, no para refutarlos, que tal honra no merecen; ellos serán el fantasma del odio que aleje de la tumba del excomulgado.

do al que se atreviera á colocar en el catafalco de un infame la flor de los recuerdos.

He copiado todo ese cúmulo de maldades, porque juntas con otras confesiones de aquel hombre, me servirán para ensalzar como es debido, el triunfo de nuestro mártir y valiente Ejército.

Dice Córdoba en la página 80:

“Don Felipe Berriozábal (*¿no era General?*) que con la primera División se encontraba en esa línea acudió desde luego al punto donde tal desgracia (*ahora es desgracia*) acababa de acontecer á uno de sus Batallones, y dejando de reserva una compañía del 8º de Jalisco en la calle de la Siempreviva, penetró hasta la gran brecha que habían abierto los franceses, con otra compañía del 8º de Toluca que personalmente mandaba el Coronel D. Juan Caamaño, y con dicha compañía y el resto del 2º Batallón que no fué sepultado entre los escombros (*¡vaya una sangre fría y un cinismo!*) organizó la defensa de la manzana *impidiendo* que los zuavos avanzasen en medio de un nutrido fuego de fusilería que duró por algún tiempo (*¿qué tal sería la heroicidad para arrancar esta confesión á Córdoba?*) Varias veces he llamado la atención de mis lectores acerca de la serenidad que en el combate tiene Berriozábal, y del orden en que mantiene á su gente; nada tiene por lo mismo de extraño que en esta ocasión (*¿en otras no?*) hubiera frustrado la intención de los sitiadores que, á encontrarse con algún otro de los sitiadores (*¿quizá Negrete, Díaz, Lamadrid, Ghilardi, etc.*), quizá hubiera sacado mayor ventaja de las minas. (*¿Entonces sacó alguna ventaja? Veremos lo que sigue diciendo Córdoba*).

En efecto, así Berriozábal como los oficiales y soldados de la primera División mostraron un valor digno mil veces de mejor causa, (*¿como cuál; como la de sacudir el polvo con respeto á las botas de los invasores?*) batiéndose á pecho descubierto sobre los escombros, luchando á un tiempo mismo contra los franceses, las ruinas y el fuerte temporal, *y sin arredrarse porque estallando otra mina corriesen todos la misma suerte que los infelices compañeros*.”

Voy á apropiarme las palabras que una mujer indignada, en el drama inmortal de Camprodón, dirige al miserable que pretende insultarla relatando las acciones de su rival.

“VOS MISMO HABÉIS CONFESADO
QUE EL HOMBRE QUE OS HA HUMILLADO
VALE MUCHO MÁS QUE VOS.”

Seguiré mi tarea:

“¡Ojalá y en otro tiempo, cuando el invasor norte-americano profanaba nuestro suelo (*¿este otro no era invasor ni profanaba nuestro suelo?*) se hubiera peleado con tal intrepidez y constancia.....”

Primero recojo las palabras “*intrepidez y constancia*” para hacer uso de ellas á su debido tiempo, y después pregunto: ¿Quién os ha dicho ¡menguado! que cuando la intervención norte-americana no hubo intrepidez y constancia? ¿Cómo le llamará Córdoba entonces á las acciones del Molino del Rey, á la defensa de Churubusco al combate de 40 contra 400 y al de la Angostura?

¿Supondría que el odio al tirano dominaba el sentimiento de gratitud al patriota? Ahí está para desmentirlo la Historia. Año por año, sin interrupción, (aun en medio de nuestras convulsiones políticas), Juárez, Lerdo y Díaz, han depositado la corona del recuerdo nacional en el monumento levantado á la memoria de los defensores de la Patria en los años de 1846 y 1847.

Santa-Anna, como Alteza Serenísima, mereció nuestro desprecio; como mutilado en la defensa de nuestra nacionalidad, es acreedor á nuestra gratitud.

El partido liberal ha sabido distinguirse por la nobleza de sus sentimientos. Respecto del partido á que perteneció Córdoba, somos el aceite en la pretendida mezcla con el agua.

Necesitaría dar tregua á mi indignación mal contenida para poder con calma seguir al historiador en el relato de los acontecimientos del día 25; pero tengo por fuerza que hacerlo sin tomar resuello para teger con sus mismas flores la corona que ostentarán orgullosos los defensores de Santa Inés y del Pitiminí.

“Día 25.—Los graves acontecimientos de la víspera no eran más que preliminares (*¿pero no inicuos?*) de los no menos desastrosos que debían tener lugar en este memorable día. Concertado como indiqué antes el ataque del convento de Santa Inés, á poco más

de las seis de la mañana estallaron dos minas que los franceses habían establecido al pié del muro occidental de la huerta de dicho convento, con el objeto de abrir una brecha capaz de que por ella penetrasen las columnas destinadas al asalto. (*¿No sería con la criminal intención de sepultar entre escombros á combatientes que habían demostrado valor, y no tener por lo mismo con quien pelear al apoderarse de un punto que sólo el hambre hizo abandonar después?*)

Las minas no produjeron todo el efecto que se deseaba (*ya lo creo, como que aunque los escombros sepultaron á los valientes mexicanos, los que sobrevivieron fueron suficientes para derrotar por completo al enemigo, y el efecto que se deseaba era sepultar á todos*) y la artillería rompió entonces un fuego vivísimo sobre Santa Inés (*supongo en buena lógica que ese ENTONCES fué cuando los asaltantes vieron que aun quedaban en pié algunos mexicanos á quienes hubiera sido más obvio volar con una mina que provocar á un combate. ¿ENTONCES se convencería el Ejército francés de que no podía tomarse por asalto la plaza de Puebla? Ya veremos en su oportunidad lo que dijo Forey*). "..... viendo los franceses la inutilidad de cualquier esfuerzo para desalojar á los juaristas, y al mismo tiempo la imposibilidad de permanecer allí rodeados como estaban de tan grandes peligros, determinaron contramarchar: no era la primera vez, como recordará el lector, que semejantes movimientos presagiaban un descalabro de los franceses; el más trascendental de todos se hallaba reservado para esta vez."

Según Córdoba, sólo 400 zuavos entraron en combate: no olvide este detalle el lector porque es muy importante para lo que voy á decir.

Sólo el odio de partido ó el acopio de maldad han podido asentar con tal descaro, con tan vergonzoso cinismo, tal cúmulo de desatinos que ofenden el sentido común y el sano y recto criterio.

¿Sin pelear estaban los franceses? Estaban seguramente de temperamento en nuestra línea, según Córdoba, hasta que, notando que no era muy provechoso á su salud, *determinaron contramarchar para no permanecer allí rodeados como estaban de tan grandes peligros.*

¿Cómo pueden conciliarse los opuestos conceptos que en tan pocas líneas vierte el historiador? Si no hacían esfuerzo, puesto que permanecían allí rodeados de peligros ¿cómo pudieron soñar entonces en el triunfo? ¿De-

terminaron marcharse cuando nadie los molestaba? ¿Entonces porqué ese movimiento presagió á los franceses un descalabro, *el más trascendental de todos, que se hallaba reservado para esta vez?* ¿Podía ser trascendental el descalabro de 400 hombres, sabiéndose que el Ejército sitiador tenía 43,000, de los cuales 28,000 eran franceses y 15,000 aliados? Si hubo combate y á él solo concurren 400 zuavos, ¿cómo se explica la afirmación hecha en la foja 92 de que *las pérdidas que así el Ejército francés como el de Oriente tuvieron fueron gravísimas?*

Lo que yo me explico, lo que se explicará el lector y lo que el mundo entero también se explicará, es que hay defensas que debían prohibirse, porque si deshonran al que las hace, rebajan el mérito ó la dignidad del defendido, como acontece en el presente caso.

Yo fuí del bando contrario; lamenté como el que más la muerte de mis compañeros de armas, y ni el fanatismo de partidario, ni el resentimiento de hermano, me obligarán á negar á los franceses el título de valientes que, si en otras partes habían merecido, en el asalto á Santa Inés y el Pitiminí, lo compraron con su sangre vertida con un arrojo y un valor tal, que cautivaron nuestro afecto y tratamos á los prisioneros y á los heridos con todas las consideraciones que merecen los héroes. Los documentos que en su oportunidad publicaré honran á los franceses que los suscribieron y honran á los mexicanos que los inspiraron con su conducta.

Córdoba midiendo en el reducido cartabón de sus sentimientos, los sentimientos de la humanidad, creyó sin duda que confesar paladinamente una derrota era vergonzoso, aún cuando en el combate que la precedió hubiera rasgos, hechos y actos, que son un lenitivo á la desgracia sufrida y que el partidario muestra junto á su herida, como para justificar su intensidad.

Yo no me avergonzaré jamás de haber sido de los rendidos en la defensa de Puebla. ¿Acaso la adversidad y la gloria no pueden navegar en la misma barca como hermanos? ¿Ha prohibido algún código que caminen juntos el heroísmo y el contratiempo?

Córdoba tuvo el tino de captarse la antipatía de calumniados y defendidos. Dejándolo envuelto en el sudario del desprestigio, voy á ocuparme con el detenimiento que me permitan mis escasas luces, de la defensa de Santa Inés y el Pitiminí, que harán época en los anales históricos del valor indomable.

Permítame el lector que comience por describir la primera explosión de las minas con que los sitiadores volaron parte de la manzana de Santa Inés.

Todo, hasta la naturaleza, parece que toma parte en nuestros acontecimientos, y se viste de gala, y luce sus mejores encantos para acompañarnos en el placer, como enluta las tardes de sus días y prepara sus cataratas para llorar con nosotros inmensas desventuras.

Parece que entre el cielo y la tierra hay ciertas relaciones íntimas que presagian los dolores y predicen los sufrimientos; lenguaje misterioso que hablando al sentimiento lo exalta ó lo entenece.

Sea preocupación, sea verdad, el caso es que el 24 de Abril de 1863 el sol apareció envuelto en el abrigo de pavorosas nubes que anunciaban la tormenta: Ese sol avanzaba sin que su claridad llegara á ser intensa, como aquel que va á pasar *forzosamente* por determinado punto en donde tiene que atestiguar horrores y miserias, y se cubre la vista hasta donde pueda permitírsele la escasa luz que necesita para su travesía.

El símil no será exacto, pero el hecho fué como lo describo.

Entre *si llueve ó no llueve*, expresión vulgar que sintetiza mejor que todas las explicaciones científicas el aspecto amenazador del cielo *encapotado*, llegamos á escuchar las primeras campanadas que el reloj de la Catedral de Puebla daba para anunciar las 7 de la noche, pues las últimas se confundieron entre el ruido espantoso de las minas que hacen explosión y de un soberbio edificio que se derrumba, arrastrando en su desplome á los vecinos.

El 2º Batallón de Toluca, que defendía el punto, quedó sepultado en su mayor parte entre los escombros de Santa Inés, y queriendo aprovechar el enemigo la confusión que tal suceso produjo en nuestras filas, se lanzaron inmediatamente sus columnas de ataque sobre el Fuerte de Santa Inés. El valiente Coronel Padrés, mientras llegaba el General en Jefe de la línea, que lo era el intrépido General Berriozábal, contuvo el primer empuje del invasor con el puñado de valientes que escaparon de aquella horrorosa hecatombe.

A pocos momentos se presenta Berriozábal llamado á un tiempo por el deber y la humanidad; organiza la defensa con la violencia que el caso requería y sin preocuparse del inminente peligro que corrían los defensores permaneciendo sobre un punto minado que aún podía hacer una segunda explosión, manda hacer fuego sobre el enemigo, quien se ve obligado á replegarse á sus paralelas ante la magestuosa é imponente actitud de los sitiados que, sobre escombros, cadáveres y heridos, se apiñaban para defender, no unas ruinas sin valor, sino la honra nacional comprometida en el felónico asalto. Berriozábal llevó por todo refuerzo una compañía del 8º de Jalisco y una del 1º de Toluca, conducida personalmente por el Jefe de la 1ª Brigada C. Juan Caamaño: La compañía del 8º de Jalisco quedó de reserva en la calle de la Siempreviva y solo con la de Toluca penetró el citado

General Berriozábal *hasta la gran brecha que había abierto el enemigo.*

El éxito de esta acción sin precedentes en el mundo entero, se debe á los valientes hijos de Toluca que en vez de huír del edificio volado, cosa que hubiera sido disculpable, resistieron como he dicho antes el primer empuje del enemigo. Entre los héroes de la jornada se distinguieron Caamaño, Villagrán, Padrés, Cirilo Castillo, Sánchez Ochoa, Lalanne, Domínguez y Espinosa. De Berriozábal no digo nada: me conformo con reproducir las palabras de Córdoba.

“Varias veces he llamado la atención de mis lectores acerca de la serenidad que en el combate tiene Berriozábal y del orden en que mantiene á su gente: nada tiene por lo mismo de extraño que en esta ocasión hubiera frustrado las intenciones de los sitiadores que, á encontrarse con alguno otro de los pretendidos Generales, quizá hubiera sacado mayor ventaja de las minas.”

En los momentos más rudos del combate, y para que no faltara ningun detalle á las descripciones terroríficas que en nuestra niñez se nos hacen del averno, el cielo descargó su cólera mal comprimida en todo el día, como en espera impaciente de iluminar con la luz fatídica de sus rayos el espantoso cuadro de la desolación y de la muerte, con todo su infernal cortejo.

La voz de mando de los Jefes, el estallido de las armas, el ruido de las piedras que se desprendían de amenazadoras cuarteaduras, el ¡ay! desgarrador de los heridos, la voz trémula de los que medio sepultados por los escombros pedían auxilio y el estridente retumbar de las descargas eléctricas, se confundían en un mismo instante como si fueran un solo eco inmenso, terrible, de todas las desgracias, de todas las amarguras y de todos los dolores del universo entero.

A las 8 de la noche el cielo y el hombre calmaron

sus furores, y hasta entonces comenzó la penosa tarea de desenterrar á las víctimas del derrumbe.

A su vez el Coronel Fóster procedió con toda actividad á reparar en lo posible los perjuicios, y á poner al edificio en aptitud de resistir el ataque al siguiente día, del cual me ocuparé después de dar á conocer el documento siguiente:

“*Ejército de Oriente.—General en Jefe.*—El C. General Felipe Berriozábal, en Jefe de la 1ª División, me dice con esta fecha lo siguiente:

“A las siete de la noche del día de ayer, el enemigo ha volado dos fuertes minas, reduciendo con ellas á escombros las tres cuartas partes de la acera de la calle del Pitiminí, correspondiente á la manzana que con el 2º Batallón de Toluca, ocupa el Teniente Coronel C. José M. Padrés. En el acto ocurri al punto indicado con una compañía del 8º Batallón de Jalisco, que situé como reserva en la calle de la Siempreviva, y con otra compañía del 1º de Toluca, que personalmente conducía el Jefe de la 1ª Brigada, C. Coronel Juan Caamaño, penetré hasta la gran brecha que había abierto el enemigo. Con dicha compañía y el resto del 2º Ligero que no había sido sepultado en los escombros, se organizó la defensa de la manzana, impidiendo el paso al enemigo. Como vd. sabe, éste no pudo avanzar, á pesar de sus minas y sus esfuerzos, debido principalmente á la serenidad de los valientes soldados de que he hecho mención, y de los bravos Coroneles Caamaño, Villagra y Padrés que repartidos en la línea descubierta sostuvieron la moral de los soldados. Me acompañaron también y ayudaron muy eficazmente los Tenientes Coroneles CC. Cirilo Castillo, Gaspar Sánchez Ochoa y Lalanne; los Comandantes CC. Antonio Domínguez y Antonio Espinosa, los individuos que componen mi Estado Mayor, y en lo general, todos los oficiales del 2º Batallón de Toluca y las compañías del 1º de Toluca y 8º de Jalisco que allí se encontraban. Debido muy especialmente á los trabajos del C. Coronel Fóster, ha quedado construida en la noche nuestra nueva línea de defensa, y el enemigo no podrá impunemente ocupar dicha manzana, que forma parte de la línea avanzada que ha tenido vd. la bondad de poner á mis órdenes. Felicito á vd. por el brillante comportamiento que han tenido nuestras tropas, pues muy pocas veces se ve que después de volar dos minas en un punto defendido, sobre los escombros que estas producen, y los cadáveres que ellas han sepultado, el resto de los soldados tengan brío para defender á pecho descubierto esos mismos escombros. Hemos tenido en toda la jornada cincuenta y seis individuos de tropa muertos, un oficial y veintiún soldados heridos.”